



CANUTILLOS DE NATA

Tenia que ser. Si en política vivimos bajo un nublado de derechas, si las pastelerías vuelven a llenarse después de la Misa de una y los directores generales vestidos de gris marengo le entran de nuevo al canutillo de nata, si el cabeza de familia vuelve a la recia costumbre de pellizcar a la criada en el pasillo y requerirla en amores contra el armario ropero, si todavía se inauguran las fábricas de chorizos o de sostenes plastificados al por mayor previa bendición de obispo y rociada de hisopo, era lógico que los mozos del país abandonaran las melenas y los andrajos, que se volvieran más coherentes y comenzaran a raparse el pescuezo y el occipital, se pusieran cuello de almidón y se recortaran el bigotito a tijera.

Por lo visto, está al caer otra vez la moda del lechuguino. Y los españoles, siguiendo consignas de fuera, se van a disfrazar de señoritos decadentes y aburridos. Uno va lo está viendo venir. Cualquier día se levanta un tío en la tarima, con bigote de mosca, y comienza a repartir uniformes, con correas, tambores y trompetas, entre los sacristanes, los tenderos con tirantes, los hijos de papá cansados de jugar con las mariquitas y cuatro descamisados para darle un aire social al asunto, y para sacudirse el aburrimiento se empeñan en salvar a la Patria, y entonces el país se lía a bastonazos. Estas cosas de la derecha, ya se sabe: sus revoluciones siempre se fraguan tomando chocolate con anís en un salón con muchos cortinones, entre cacharros de plata y figuritas de marfil, llevando cuello duro y buen paño de franela. Como la moda es una ciega precursora de los peces negros que la sociedad lleva en la tripa, uno teme que la cosa empiece por rodearse la nuez con almidón, ceñir las tetillas de la juventud bajo un chalequillo de terciopelo y ponerse gomina en el pelo de raya partida, y se termine la función a garrotazo limpio.

Pues, sí. Un senado con calvas apostólicas, golilla y jubón y una juventud con el occipital rapado es lo que nos faltaba para acabar de dorar el panorama. Colas en las pastelerías, paseos domingueros bajo los soportales de la calle Mayor, concierto de la banda en el templete en el parque, salones de té con violines zingaros, campanadas de catedral sobre los tejados con vencejos ateridos y muchachas detrás de los visillos haciendo filtriré. De ahí a ponerse de tres en fondo para hacer gimnasia y después reconquistar la Alhambra, no hay más que un paso. El de la oca.

VICENT

